

Destino de América

Especial para DYNA

Nuestra América, y muy especialmente la Latina, tiene hoy la imperiosa obligación de rendir sus mejores frutos para aumentar el acervo de la cultura universal. Las grandes masas humanas que la reciente hecatombe ha desplazado de la Europa destrozada hasta las idílicas tierras americanas han sido aprovechadas en magnífica forma por los Estados Unidos; la nación del norte ha logrado incorporar muy altos valores humanos a todos los campos de la actividad artística, científica y cultural; más aún, en la época de pre-guerra ya existían en dicho país manifestaciones inconfundibles que permitían afirmar la existencia de una arquitectura, una técnica, un arte, netamente norteamericanos.

Más allá de las fronteras del Río Grande la situación es bien distinta, pudiera quizás hablarse de una real inercia espiritual, de un voluntario abandono de ciertas actividades culturales, tal vez los hombres de latinoamérica no han entendido su destino. Para algunos el latino, netamente tropical, costero o cordillerano, dueño de un espíritu arrullado siempre por cantos telúricos de formidable intensidad, está mejor adaptado para servir obras de un aliento espiritual apasionado y soñador, de ahí la abundancia de escritores, poetas y políticos, de todas las marcas y de todas las alturas. Para otros los americanos del sur son un producto incoherente y heterogéneo, resultado natural de una mezcla de razas no discriminada ni prevista, producto que se aglutina y compacta cada día para llegar a ser un todo estructurado plenamente y plenamente orientado. En fin, se multiplican y abundan las opiniones más diversas sobre el valor actual y las posibilidades del hombre americano.

Por estar fuera de los límites de este modesto comentario, el hacer un detenido análisis acerca del panorama cultural y científico de Latinoamérica, nos limitaremos a esbozar brevemente algunos aspectos de la pintura y de la arquitectura de los países más representativos que constituyen el grupo antes mencionado.

El Brasil posee hoy dos artistas extraordinarios: Oscar Niemeyer y Claudio Portinari; el primero, después de lograr en plena guerra edificar el famoso edificio para el Ministerio de Educación en Río de Janeiro, inspirado en las lecciones de Le Corbusier pero lleno de personal audacia y vigorosa visión, proyectó y construyó con pleno éxito lo que pudiera llamarse el triunfo perfecto de la Línea Curva y la cabal afirmación de su genialidad, la Iglesia de Pampulia. Los frescos y cerámicas de dicha obra fueron encomendados a Portinari quien cumplió su encargo en manera insuperable; la obra es una exaltación suprema de la parábola, un goce perfecto de los sentidos, una majestuosa oración plástica. El acierto arquitectónico de Niemeyer no desmerece en nada el valor de los frescos de Portinari, tan solo los relleva y enmarca. Como justo galardón

dón por su valor y obras en el campo de la moderna arquitectura Niemeyer mereció de su país el representarlo en las deliberaciones preliminares, efectuadas entre los más famosos arquitectos del mundo, para estudiar la manera de proyectar los edificios y planificar la zona que ocuparán las Naciones Unidas.

Amancio Williams es quizás el más distinguido de los actuales arquitectos argentinos, intérprete afortunado de la moderna arquitectura ha querido hacer de su obra algo funcional, permanente y atrevido, si nos atenemos al concepto de Nagy para quien la Arquitectura "es el ordenamiento adecuado del espacio, funcional y estéticamente", hemos de reconocer que Williams es todo un Arquitecto, como obras suyas sobresalientes podemos mencionar una casa para veraneo en Mar del Plata y un edificio para oficinas en Buenos Aires. La primera de las mencionadas obras se proyectó y construyó durante la guerra, sobrando para su ejecución el entusiasmo generoso de todas aquellas personas que intervinieron en la obra y las dificultades de todo orden, inherentes a una edificación de su tipo y a la época de la construcción. La obra se trató como una forma en el espacio, sin anular la naturaleza, la estructura que constituye dicha forma se ofrece simplemente, sin el aditamento de revoques o revestimientos, es de concreto reforzado, martelinado y tratado químicamente. La segunda de las obras de Williams, antes anotada, es un proyecto ceñido a los postulados fundamentales de Le Corbusier, el suelo para los peatones; el espacio libre, pleno; la gran capacidad de la edificación, 5.000 personas, permite la descongestión de los alrededores y la creación del llamado "mayor valor". Es además un proyecto que garantiza la permanencia de la obra por su altura de miras y da la pauta para una nueva y verdadera urbanización de la ciudad de Buenos Aires.

En México merecen renombre especial Rivera y Orozco, pintores muy afamados ambos y de renombre continental pero sin duda más conocido y de mayor valía el primero. Los frescos de Rivera, que decoran numerosos edificios públicos, son bien conocidos y profusamente criticados, pero es un innovador, un revolucionario, en esta nuestra América que parece un joven con caprichos e ideas de octogenario. La temática social es plenamente exprimida y aprovechada, se hace así obra por el pueblo y para el pueblo. La función de los nuevos pintores mexicanos es altamente dinámica, decisiva, puede ser demoledora.

Nuestra patria es un claro ejemplo de lo poco que se quiere, se estimula, se siente el arte. La última generación nos ha dado una serie de pintores y escultores sin importancia. Salvando de la clasificación unos pocos, más audaces y promisoros, los otros todos, caben para siempre dentro de los estrechos límites de una Academia de Bellas Artes. En las filas de los viejos, de los veteranos, abunda la escasez de altas miras, de motivos americanistas, de originalidad y de plástica. Las formas plásticas pueden tener un valor universal o ser meras expresiones individuales, personales; carecemos de las primeras en abundancia de las últimas. Si la pintura y la escultura colombianas ofrecen un panorama nada halagador nuestra arquitectura no ha rodado con mejor suerte. Tenemos un concepto plenamente fenicio acerca del valor de la cultura, del arte, de la genialidad; se viaja a los Estados Unidos, Francia o el Brasil y se importa un título académico adquirido velozmente y sin merecimientos, por satisfacer mezquinos anhelos personales, irreflexivas ambiciones de las familias. Innumerables construcciones nuestras son fiel trasunto del estilo "norteamericano", del estilo de "Le Corbusier". Las obras arquitectónicas, que desligándose de los moldes clásicos e importados, se han facturado funcionales,

adecuadas a nuestro clima, nuestra idiosincracia; aquellas que han respetado la estructura del alma colombiana, las que han cumplido la armonía entre los materiales y la naturaleza, la tradición y la técnica, son manifestaciones aisladas e inconexas de lo que, constituyendo un deber ineludible, se esquivo voluntariamente, cerrando los ojos, por rutina y por displicencia.

Se ha definido la arquitectura como "música cristalizada". Clara se ve la analogía recordando la música del "jazz" y la de los rascacielos, ambas son estridentes, convulsionadas y dinámicas. El símbolo cobra mayor fuerza recordando la arquitectura de las pagodas y la música de los rituales budistas. América tiene un compromiso ineludible. Todos nosotros debemos participar en la obra cimera de la revaluación. Vamos a crear un arte propio y universal. La escultura y la pintura deben latir con un nuevo ritmo y un nuevo corazón. La fuente de la naturaleza, que es inmensamente poderosa en estas tierras americanas, será el mejor venero de inspiración para todos los artistas, acompañada en una forma racional por todo lo que tenemos de inolvidables tradiciones, milenarias leyendas y personales interpretaciones. La arquitectura nativa, en pañales hoy, aprovechará los mismos factores y tendrá todas las armonías, será como una "Conga", ardorosa y apasionada en el Brasil; como el "Corrido" de los mexicanos será también un tanto belicosa e indígena y llevará la marca inconfundible de las montañas y la plenitud total de las llanuras como la música emocionada y romántica de nuestros Bambucos y Joropos.

Oscar RESTREPO D'A.
Alumno de la Facultad